R E L A T O

LA BARRACA DE JERÓNIMO

A. C A B A L L E R O C A R M O N A

LA BARRACA DE JERÓNIMO

FRÍA, GLACIAL ERA LA MAÑANA. Y el viento huracanado empujaba con violencia amenazando con llevarse por delante todo lo que encontrase a su paso. El crujir del ramaje de la barraca iba en aumento temiendo que en un arranque de furia del fuerte viento levantara la barraca y se la llevara en volandas con el padre y el hijo dentro. Cuando el fuerte viento amainó, el padre, desde el camastro donde yacía su esquelético cuerpo, con voz gutural y de lento fuelle, le dijo al hijo que, por favor, le diera un sorbo de agua, porque tenía la boca como si en ella tuviera un estropajo que le impedía hablar y pronunciar con claridad. El hijo, de nombre Agustín y de unos seis años, buscó el cántaro mocho que tenían puesto en un rincón de la cabaña, le llevó en un jarrillo de lata y le dio a beber. Jerónimo, su padre, bebió un corto sorbo, se aclaró la boca y la garganta y, en seguida, se lo devolvió, porque su estómago rechazaba el agua y todo lo que el hijo le pudiera dar.

Jerónimo tenía la pierna izquierda amputada a causa de un casco de metralla que le segó la pierna, hasta por encima de la rodilla, durante la Guerra Civil, y cuando lo apartaron de la primera línea de fuego, donde combatía en el bando republicano, estuvo en el hospital como tres meses donde la

pierna amputada quedó limpia y saneada. Cuando volvió de la guerra, en el año 38, Agustín, su único hijo, tenía cuatro añitos y un año después, ya terminada la guerra, murió Adela, su mujer, y al quedar viudo y con un hijo de cinco años, no podía hacer frente al pago del alquiler de la casa donde vivían en un pueblo de la comarca de *La Alcarria*, de la provincia de Guadalajara. En esta situación, Jerónimo decidió marchar al monte del cerro conocido por *El Cerro del Madroñal*. Y allí, monte adentro, y a unos 15 kilómetros de su pueblo, entre su pequeño y él levantaron una cabaña donde pasarían el resto de sus días.

Al principio no le quedó pensión alguna porque había sido combatiente republicano y el régimen de Franco no tuvo en cuenta a ningún mutilado de guerra que había luchado en el frente republicano.

En las circunstancias que se encontraban para poder sobrevivir se alimentaban solo con los frutos que el campo les ofrecía, obviamente según la estación del año. En invierno comían bellotas, algarrobas silvestres, que en aquel monte había, papas de tierra que también abundaban allí (que son las trufas y también se les conocía por criadillas de tierra), setas y algún que otro trozo de pan que solían darles los leñadores que, con frecuencia iban con sus bestias a por leña, unos para cocinar y calentarse y otros, para cocer el pan de horno.

En verano y en otoño lo pasaban mejor porque en estas estaciones el campo daba más frutos para comer, como eran los caracoles, los madroños, los espárragos, las marjoletas y otros muchos frutos más. También ayudaban al sustento del mutilado y su hijo. Tres perros que tenían (dos perras y un perro), la Lista, la Canela y el Negrito, que era raro el día que no cazaran uno o dos conejos, porque los conejos abundaban en aquel monte y porque los tres perros eran tres linces para cazar.

El cojo se defendía muy bien con una muleta que Jerónimo se preparó con una rama de alcornoque o de roble que buscó muy a propósito para preparar la muleta o el apoyo que necesitaba.

Al fin dio por terminada la barraca a la que siempre le faltaba algún detalle, pero ya podían albergarse en ella, porque también habían acarreado desde el pueblo hasta allí los escasos y míseros enseres que tenían: como dos medianas cabeceras rellenas de borra, unas mantas viejas y raídas, un petate con sus desgastadas ropas, el calamitoso menaje: unas ennegrecidas cucharas de aluminio, un cántaro desmochado o decapitado, un jarrillo de lata, dos sillas bajas con asiento de soga de esparto majado y algún otro utensilio más que les costó dar dos viajes desde el pueblo hasta allí.

Terminado lo señalado, se presentó un guarda forestal de *ICONA*, diciéndole a Jerónimo que a quien le habían pedido permiso para levantar allí la barraca.

—No señor, no le hemos pedido permiso a nadie porque yo ignoraba que para levantar un cobijo para no morir helados había que pedir permiso a nadie —le dijo Jerónimo con la más absoluta humildad a aquel guarda forestal.

—Pues de esto yo no tengo más remedio que dar cuenta a mis superiores porque para eso me pagan —dijo aquel hombre de complexión menuda y estatura baja, de labios pronunciados y dientes largos y blancos que asomaban al hablar. Tenía los ojos pequeños y vivarachos, los párpados rojizos y las orejas grandes. Sin embargo, se notaba que era buena persona, por eso dijo:

—Si por mí fuera —prosiguió— no daría cuenta a mis jefes de esto que usted ha hecho, pero a mí me pagan para esto, para guardar el monte y para que en él no se haga, no se elabore el más mínimo estorbo o entorpecimiento —dijo el guarda forestal muy razonadamente, y también con notable humildad.

—No tenemos donde ir, hemos dejado la casa donde vivíamos en el pueblo porque no podemos pagar el alquiler y sería inhumano dejar a la intemperie a un pobre viejo mutilado y a un crío de cinco años morir en el suelo sin ningún cobijo en este extenso monte —dijo Jerónimo a modo de súplica.

—Lo entiendo y lo comprendo y me hago el cargo, pero yo también tengo una familia que mantener: tengo a una mujer y tres hijos y si no lo hago, si no denuncio el caso, puedo perder mi puesto de trabajo y no podría dar de comer ni a mi mujer ni a mis hijos, comprenda usted esto también —dijo el hombre con más razón que un santo—. De todas formas —prosiguió— no diga nada de esto a otro guarda forestal si viniere por aquí. No diga que me han visto a mí —dijo el hombre y en seguida se marchó.

En el año 1955 recogieron a Agustinico, a Nico como su padre lo nombraba, para cumplir su servicio militar, y durante el tiempo que Nico hacía el servicio militar se dedicó a instruirse, porque cuando se lo llevaron para hacer la mili, Nico no sabía ni la a. Pero Nico aprovechó el tiempo y cuando lo licenciaron en el año 57, ya sabía leer y escribir casi correctamente y también aprendió las cuatro reglas que, en aquellos tiempos, era lo más esencial. (Las cuatro reglas eran sumar, restar, multiplicar y dividir). Mientras tanto, Jerónimo quedó solo en su barraca, con su muleta y sus perros. Todo el día lo pasaba en el campo, ya cazando, ya buscando frutos de aquel campo. Como era hombre inteligente, se buscó un tocón de pino resinoso, y con la navaja que tenía, hizo cuantiosas astillas muy delgadas y muy altas, para alumbrarse por la noche con la tea resinosa de las astillas.

Al llegar la democracia, un compañero de Jerónimo fue en su busca para solicitarle la pensión que le correspondía

como mutilado de la guerra, y, en poco tiempo, el gobierno democrático de Suárez le reconoció una digna pensión, y además le dieron también cuantiosos atrasos, por lo que ahora cambió la situación económica de Jerónimo. Sin embargo Jerónimo, y su hijo Agustinico —Nico—, no dejaron la barraca que con tanto esfuerzo hubieron construido. Lo que sí dijo Jerónimo a su hijo fue que qué quería mejor que le comprara una moto o un coche, porque se lo podía comprar muy bien solo con los atrasos que le habían dado.

Cuando a Jerónimo le reconocieron la pensión contaba los 77 años. Nico le dijo que primero le comprara la moto y después, cuando se sacara el carné de conducir, le comprara el coche.

Como a Nico le atraían los estudios, su padre le dijo que si quería estudiar podía hacerlo porque con la pensión tan generosa que le concedieron y los atrasos podía costear una academia u otro lugar donde pudiera hacer algunos estudios y preparar incluso una carrera, «que te hará falta cuando yo falte» —le dijo.

El hijo le dijo que sí que le gustaría estudiar, pero que también le gustaría irse al pueblo o a la ciudad y dejar la barraca.

—No, hijo, no yo no dejo la barraca, yo no me muevo de la barraca mientras viva, es tanto el cariño que le tengo que

no me iré de ella en tanto no me saquen de ella con los pies por delante.

Nico hizo gestiones para estudiar en una academia de prestigio que había en el pueblo. Cuando comenzó a estudiar, Nico contaba ya los 47 años, y en año y medio hizo el bachillerato, porque estudiaba sin tregua, por las mañanas en la academia y por las noches, en la cabaña, alumbrándose con las astillas resinosas que su padre había preparado; ya que a Jerónimo no le agradaba que cambiara la clase de alumbrado porque él lo había preparado, por un quinqué o farol que su hijo ya le había insinuado.

Al terminar el bachillerato decidió comenzar los estudios de Derecho en la Universidad de Guadalajara, y como era tan buen estudiante en tan solo dos años terminó la carrera de Derecho.

Ya hacía dos años que su padre le había comprado el coche, cuya marca era Seat. Y con él fue primero al pueblo y después a Guadalajara.

Cuando Nico terminó la carrera, su padre, que ya pasaba de los 80, cogió una soberana pulmonía que lo metió en el camastro que tenía hasta Dios sabría cuánto tiempo.

Nico dispuso llevar a su padre al pueblo para que lo reconociera el médico, pero Jerónimo se negó rotundamente.

—Si sigues aquí en la situación que estás te vas a morir, sin remisión—.

—Bien, pues que me muera, pero de la barraca no me muevo, como ya te tengo dicho, hasta que me saquen de ella con los pies por delante—. Y a propósito, Nico, te pido que cuando muera, y si te es posible y nadie te lo impide, que me entierres dentro de ella.

—Venga, y no adelantes prejuicios y piensa en ponerte bueno para salir con los perros a buscar criadillas de tierra, porque los perros ya los tienes bien amaestrados para buscar las criadillas de tierra, que tan ricas están —le dijo Nico a su padre al tiempo que le cogía una mano y se la acariciaba.

—Nico, las criadillas y todo lo demás que tenía que hacer ya lo hice y, ahora, lo que toca es descansar, descansar con un descanso infinito, sempiterno—.

Al término de estas palabras pronunciadas por Jerónimo, con su cara macilenta, lívida, desde el camastro donde su cuerpo yacía, Nico, sin pronunciar palabra alguna, salió de la barraca y fuera de ella lloró, lloró mientras un nudo le atenazaba la garganta.

Vista la negativa rotunda de Jerónimo de no moverse de la barraca, Nico fue con su coche al pueblo a consultarle al médico que tenían asignado la situación en la que se encontraba su padre, así como que su padre de ninguna de

las maneras se movería de la barraca pasara lo que pasara. Y el médico le preguntó por los signos más relevantes que se apreciaban en la enfermedad de su padre, a lo que Nico le dijo que se quejaba toda la noche del pecho y de la espalda y que esputaba con frecuencia, advirtiéndose en los esputos como algunos hilillos de sangre. Informado el médico de estos síntomas le dijo a Nico que no había más remedio que ir a la barraca a reconocerlo.

—Pero doctor, si el coche no puede llegar a donde está la barraca—.

—Vamos hasta donde el coche pueda llegar —dijo el médico, al tiempo que cogía su maletín marrón y apremiaba a Nico para salir sin pérdida de tiempo.

El coche había que dejarlo en el carril que hay en la misma linde del monte, y para llegar a la barraca había que andar, monte adentro, como unos 300 metros, más o menos.

—Bien, vamos sin tiempo que perder —dijo el médico como si se tratara de su propio padre.

Cuando llegaron al carril que colindaba con el monte, ambos se bajaron y anduvieron, monte adentro, como unos 300 metros entre aulagas, romeros y otros arbustos hasta llegar a la barraca. Al entrar en ella, el doctor saludó al enfermo.

—¡Hola, Jerónimo! ¿Cómo va eso?—.

—Estoy muy enfermo, doctor —dijo Jerónimo.

El médico se colocó en ambos oídos el estetoscopio y de inmediato procedió a auscultar al enfermo, y mientras lo hacía no paraba de apretar las mandíbulas y mover la cabeza con signos negativos.

Nico, junto al camastro donde yacía su padre, ya miraba al doctor, ya miraba a su padre y le contrariaban visiblemente aquellos movimientos de cabeza que hacía el médico.

Cuando el médico terminó el minucioso y exhaustivo reconocimiento del enfermo, dijo:

—Bien, adelante, amigo Jerónimo, y no deje de tomarse lo que le voy a recetar —añadió al tiempo de apretar con su diestra un brazo de Jerónimo.

Cogió su maletín y salió de la barraca.

Nico le siguió y por el camino hasta el pueblo le dijo que su padre estaba grave porque tiene ambos pulmones muy encharcados y «mucho me temo que pueda salir de ésta».

Al llegar al domicilio del doctor pasaron al despacho de su consulta y allí le recetó lo que creyó más conveniente. Nico cogió la receta y se despidió del médico con un fuerte apretón de manos.

Nico medicaba a su padre dándole a tomar lo que el médico le había recetado e incluso le ponía las inyecciones

recomendadas, pero una semana más tarde, al despertarse Nico se acercó al camastro donde yacía su padre y su padre acababa de expirar, porque su cuerpo estaba aún caliente.

A Nico se le acababa de morir el ser que más quería en este mundo, y a él también se le acababa su vida, aunque no le quedaba más remedio que sobreponerse y hacer las gestiones pertinentes para preparar el sepelio o entierro de su padre.

Dejó el cadáver de su padre en la barraca, entornó la puertezuela que tenía y salió como el rayo hacia el pueblo para hacer las gestiones precisas para el velatorio de su padre, el imprescindible funeral y el posterior entierro. Lo primero que hizo fue buscar a una funeraria para que ésta se encargara de los trámites pertinentes que corresponden en estos luctuosos y trágicos casos.

Tan solo se lo comunicó a su más íntimo amigo y compañero de carrera, que todos los días le preguntaba por cómo se encontraba su padre, ahora ya difunto.

Con el carné de identidad de su padre, la funeraria se encargó de todos los trámites de juzgado y demás, y después fue a la parroquia para acordar con el párroco que el funeral y seguido el entierro sería al día siguiente a las diez de la mañana. La funeraria montó un simple catafalco en el centro de la barraca y quedaron libres los camastros y las dos sillas de asiento de soga de esparto.

También se cuidó de buscar a dos hombres del pueblo para que hiciesen la fosa para enterrar el cadáver de su padre, que fue encima de la tumba donde descansaban los restos de su madre desde hacía 48 años, pues falleció cuando él tenía cinco años.

A primera hora de la noche cuando Nico velaba el cadáver de su padre acudieron a la barraca cinco compañeros y amigos conocidos de la Universidad porque uno de los amigos, el más allegado, ya había estado en la barraca porque un día había ido con Nico y conocía el camino.

Los amigos no se olvidaron de llevar dos termos, uno con leche y otro con café solo.

Unos se sentaron en los bordes de ambos camastros y otros dos, uno en cada una de las dos sillas que había.

Nico estaba muy apenado, estaba hundido en el dolor, por el zarpazo que la muerte de su padre le asestó, y el más íntimo de los amigos le daba ánimos con frases como: “que el secreto de la vida consiste simplemente en aceptarla tal cual es. Porque no hay remedio ni para el nacimiento ni para la muerte”.

Estas frases de su amigo a Nico le gustaron y hasta le reconfortaron dentro de su gran pesar.

Tres meses después, el más íntimo de sus amigos y compañero, le animó para que fuese con él a Guadalajara

porque se celebraba la festividad de Santo Tomé, copatrón de la ciudad.

Nico le dijo que estaba muy reciente el fallecimiento de su padre y que en otra ocasión iría con él. Pero el amigo insistió en que fuera y al final, Nico, aceptó.

Nico no sabía lo que era una fiesta, ni tuvo ocasión de conocer a una mujer, porque la niñez la pasó junto a su padre buscando el sustento para seguir viviendo. Y después estudiando, noche y día, y en los últimos tiempos cuidando la enfermedad de su padre. Por lo que jamás había estado en una fiesta, sin embargo, cuando con su amigo entró en una sala de fiesta vio, vio desde lejos, a una mujer que le hechizó, que le fascinó. Era una cuarentona de muy buen ver. Tenía unos ojos grandes y un poco aniñados y aquella mirada aniñada le indujo a pensar que aquella mujer exhalaría candidez, castidad y dulzura por cada uno de los poros de su cuerpo, y ese pormenor o detalle a Nico le gustó. Una mujer para ser atractiva y seductora no debe ser necesariamente guapa, sí debe tener mucha actividad o presteza de movimientos y aún no siendo guapa en el sentido literal, sí puede ser una mujer hermosa. Esta mujer que a Nico le atrajo tenía un rostro suave como una caricia, unos ojos grandes y un poco aniñados, y estos insignificantes detalles, a Nico le atrajeron, le fascinaron. Su amigo se la presentó y ambos, Nico y Adela que así se llamaba, así a primera vista, se gustaron mutuamente.

Adela, que era el nombre que tenía su difunta madre, le dijo a Nico que si quería bailar, y Nico le dijo que él nunca había bailado, a lo que ella contestó que a ella tampoco le atraía el baile, por lo que optaron por salir de la sala y sentarse en un diván que había en el vestíbulo de la sala.

Nico, era un mocetón, alto, rollizo y muy salado y Adela también se enamoró de él. Ambos quedaron muy contentos y satisfechos de haberse conocido.

Nico no sabía cómo empezar, porque esta fue la primera vez que se sentó junto a una mujer, y además una mujer hermosa.

Ella rompió el silencio diciéndole:

—Tú tendrás tu novia o quizás tu mujer.

—Yo no tengo novia y menos aún mujer. Yo jamás me enamoré hasta esta noche —le dijo a bocajarro—. Tú sí que te habrás enamorado alguna vez —le dijo Nico.

—Yo tampoco me enamoré nunca, pero… —y dejó en el aire lo que quería decir.

A Nico le dio por recordar algunas frases que dijera algún poeta anónimo como:

—“En el amor hay siempre algo de locura pero también hay siempre algo de razón”. Y siguió y dijo: “El amor no tiene cura, pero es la única cura para todos los males”

—Tú eres poeta, porque sólo los poetas dicen cosas así de bonitas —dijo ella como si quisiera besarlo con la mirada.

—Yo no soy poeta, yo esas frases las aprendí en tiempos de estudiante de algún poeta anónimo.

Terminada la velada, se despidieron con un beso, que fue el primer beso que Nico había dado en su ya larga vida a una mujer hermosa.

Con la digna pensión y atrasos que le concedieron a Jerónimo, y después de comprar a Nico el coche y después de pagar los gastos ocasionados con motivo de los estudios de su hijo, Jerónimo supo ahorrar una considerable cantidad, que le vino muy bien a Nico para hacer reformas en la barraca y dotarla de algún moblaje, para adecentarla y adaptarla a los modernos tiempos.

Reformó la barraca construida por su difunto padre, pero cuidándose de que la cabaña no perdiera en absoluto, su forma o diseño primitivo.

Destruyó los camastros, enlosó la barraca con losas de barro cocido; compró una mesa de madera de nogal con forma rectangular, como para siete u ocho comensales; mandó construir un hogar con chimenea, para poder cocinar o simplemente para calentarse; compró dos butacas forradas con piel de color de tabaco seco; compró una docena de sillas con espaldar y asiento mullido de skay

haciendo juego con el color de las butacas, mandó reparar la perrera que hubo levantado su padre como a unos cinco metros de la barraca, donde se albergaban los tres perros: la lista, la canela y el negrito, muy especializados para buscar las papas de tierra las criadillas de tierra o las trufas. Y después de pagar todo lo reseñado aún le sobró dinero para costearse hasta que encontrase trabajo en alguna notaría o en algún otro sitio.

Las papas de tierra eran y son muy confusas para buscarlas, porque solo sale una hojita de color verde como una hojita de trigo o de cebada u otra hierba cualquiera, con una altura de unos tres o cuatro centímetros, por eso era muy confusa porque lo mismo podía ser de una papa de tierra o una hojita de cualquier otra hierba. Pero los perros con su fino olfato sabían la hoja que era de papa de tierra, y comenzaban a escarbar y ya se sabía a ciencia cierta que allí estaba la papa de tierra. Sacabas la navaja se hacía un hoyo de unos cinco centímetros y allí estaba el tubérculo conocido por papa de tierra, de piel de color marrón y un poco rugosa.

En los extensos prados bajo las grandiosas encinas estaban las papas de tierra entre las hierbas de diversas especies, y si no hubiera sido por los perros, que las olfateaban, se tendría que cavar todo el prado para dar con las papas de tierra.

Nico preparó la barraca como para poder pasar los fines de semana con los amigos y sus esposas, el que la tuviera. Se divertían mucho con los perros buscado papas de tierras, que era un fruto muy exquisito, y después todos/as a la barraca a disfrutar de las riquísimas comidas que preparaban las señoras.

Ignacio Martín (familiar y amigablemente Nacho), era el mejor amigo de Nico, porque fue éste el que lo llevó a la fiesta de Santo Tomé, en Guadalajara, donde conoció a la mujer de su vida (que Nico no se cansaba de repetir), y a Nacho, en una velada, le confesó que Adela era para él un ángel venido del cielo, y que esperaba con impaciencia el día de su boda y que él se consideraba un hombre noble, de mejores sentimientos y fiel por naturaleza, y que durante el tiempo que llevaba conociendo a la mujer de su vida, nunca hubo una infidelidad, aunque las oportunidades nunca fueron pocas, porque Nico era buen mozo y muy atractivo, pero que, por el amor a ella, siempre primó el respeto por lo mucho que la quiero —le dijo a Nacho.

Ella también es, ha sido y lo será, una mujer extremadamente dulce, amable, tierna, cariñosa e inteligente. Por eso yo jamás dudaré en ningún momento que esta mujer es la más indicada para convivir con ella el resto de mis días.

—Yo aún no he tenido relación íntima con ella, debido a que ella quiere ir virgen al altar, porque sus convicciones

religiosas y morales le hacen tomar esta decisión o determinaciones, de llegar virgen al matrimonio. Yo jamás se lo pedí porque yo sé que es una mujer casta y yo también deseo ser casto junto a ella.

—Pero, amigo, ¿qué emoción tan intensa, que invade nuestro ser cuando vemos o pensamos en una persona en particular? ¿Esta invasión, esta irrupción, puede durar toda la vida? Este es el verdadero sentimiento del amor. ¿Cómo se manifiesta? ¿Por qué es tan bueno? ¿Puede durar toda la vida? Yo siempre me lo pregunto.

En mi corta experiencia en este extenso campo, yo creo que el amor puede definirse como una afección profunda que nos empuja hacia la persona que la sientes, y el deseo es la proximidad con el ser amado. Yo en mi corto entender, el amor naciente se manifiesta por numerosos signos que nos enganchan, que nos fascinan como constantes palpitaciones, por nudos, por trabazón en la garganta, por sudor en las manos, y, en fin por una inmensa felicidad que nos invade al pensar o ver a la persona deseada. Esto para mí es lo que permite distinguir entre el amor y la amistad.

Cuando Nico terminó de exponer estos razonamientos, Nacho se quedó desconcertado, perplejo, turbado, pasmado y le dijo:

—Nico, eres un sabio en este extenso campo del amor, porque con tus cultos razonamientos me has dado una

soberana lección de lo que significa el amor verdadero, el amor real…

Nico, contrajo matrimonio canónico con la mujer de su vida, que fue la primera y única mujer que conoció en su ya larga vida. Adela era una guadalajareña, hermosa, cariñosa, discreta, muy activa, atractiva seductora y enamorada de Nico apasionadamente, como Nico lo estaba de ella. Nico se hubo enamorado de Adela la primera vez que la vio al entrar, con su amigo, a la sala de fiesta, donde se celebraba la festividad de Santo Tomé, copatrón de Guadalajara.

Nico acertó con su matrimonio con Adela, porque además de ser una mujer hermosa, era también de una familia más bien de clase alta, pues su padre era notario y ella hija única, por lo que Nico al casarse con Adela, le sonrió la vida, porque además Nico cayó muy bien en la familia de Adela, y era como si el sino, el destino, o la predestinación, le compensara de todo lo que padeciera cuando era niño y también de su juventud, por lo que agradecido con Dios, cada día le daba gracias, sin olvidarse de su padre que, con frecuencia, rezaba junto a su tumba pidiendo por él y por su madre que apenas conoció, pero que la recordaba cada vez que nombraba a su mujer, al llamarse Adela también.

Los padres de Adela ayudaron a lo grande, para la adquisición de la vivienda y el mobiliario de los contrayentes, porque los padres de Adela estaban en buena

situación económica y Adela era su única hija. Después, su suegro posesionó a Nico en el despacho de su notaría, y resultó Nico ser un ayudante de mucha valía, ya que don Horacio era ya mayor y Nico le vino como del cielo, pero es que Nico comenzó su primer trabajo como nunca pudo soñar.

Fruto del amor de Nico y Adela, ésta al año siguiente de la boda, trajo al mundo un hermoso niño, que fue, en primer lugar, la alegría del feliz matrimonio, pero alegría también y mucha para los abuelos maternos: D. Horacio y Dª Consuelo, que para ellos, el niño vino como del cielo, porque de su única hija, ya cuarentona, nunca habían esperado que la familia se ampliara. Por eso no cabían en sus vestiduras de complacencia de gozo y de alegría.

Adela había insinuado a Nico que al niño debieran ponerle Agustín, como su padre. Pero Nico dijo que al niño se le pondría como su madre quisiera, pero que por su gusto se le debiera poner el nombre de Tomé, por ser el día de la festividad de este santo cuando te conocí porque tú para mí eres la mujer de mí vida, eres la mujer, la mujer que me dio la felicidad de la que ahora gozo, y Adela, muy agradecida, por desear su esposo que al niño se le pusiera por nombre el del santo del día que la conoció, no dudó un ápice ni objetó nada en contra del deseo de su esposo. Y al final, al niño se le puso por nombre Tomé, copatrón de la ciudad, Alcarreña, de la ciudad de Guadalajara, de donde todos sus antepasados eran y son los que viven naturales.

—¿Pero, Nico? ¿Por qué me quieres tanto? ¿Es que tú no tienes criterios propios para decidir o dar tu opinión, tiene que ser siempre lo que yo diga? —preguntó Adela con el deseo de que él también manifestara su deseo en este caso y en todos los demás.

—Te quiero tanto porque te debo mucho, porque tú lo eres todo para mí —dijo Nico clavando su mirada en los hermosos ojos de ella.

—¡Qué tú me debes a mí! —exclamó ella. ¿Qué es lo que tú me debes a mí? —preguntó.

—Cuando mi padre murió, perdí al ser que más quería en este mundo, y quedé hundido, desolado, y perdí las ganas de vivir, porque mi padre fue el que me crió, ya que mi madre me trajo al mundo pero, mi madre enfermó a poco de nacer yo, y cuando tenía unos cinco años murió y mi padre me crió y me enseñó muchas cosas que jamás podré olvidar, por eso al apagarse la luz de su vida, a mí también se me apagó el alma y perdí el deseo de vivir, de seguir viviendo, y al conocerte a ti tú me devolviste la alegría de seguir viviendo, por eso tú me volviste a la vida y por eso yo te debo la vida ¿Te parece poco? —preguntó Nico a la mujer de su vida, como a él gustaba llamarla.

Ella clavó sus ojazos en los de él y no pudiéndose contener, no pudiéndose aguantar, se lanzó sobre él y lo abrazó y lo besó con ardiente amor, con ardiente pasión.

Y los que tenemos cierta experiencia en este extenso campo del amor, nos conmovemos, nos estremecemos y pedimos y deseamos que todos los matrimonios sean, o al menos se parezcan, al formado por Nico y Adela.